Lenvantándole suso el emperador con ledo senblante, dixo:

-Decid, doncel, ¿sois fijodalgo?

El donzel buelta su faz en bivas colores dixo:

-Por tal, mi buen señor, me tengo, que mi coraçón a cossa fidalgas se inclina.

-Eso creo yo bien, -dixo el emperador-, y buestro fermoso semblante muestra que merecedes todo honor.

Y calçándole la espuela diestra dixo:

-Doncel, ya sois cavallero. Dios bos faga tal como semejades, para que se cunplan en bós todas las altas cossas que buestra apostura promete.

En esto Filena, tomando la rica espada a la doncella se la dio el emperador, diciendo:

-Hedes aquí, buen señor, la espada con que beredes al Doncel No Conocido dar fermosos golpes, mas ¡ay, d'él!, que, cuando más menester los hubiese, le faltará en parte donde las aguas que allí son su sangre serán bueltas, y aquel nuebo y escondido fuego que su loçano y fuerte coraçón dexe que le á descender y abramar, fallará en ellas, y allí perderá su balor, fuerça y esfuerço.

-Ora, buena amiga, -dixo el emperador, esforçándose a no mostrar el pesar que por estas escuras y espantosas raçones sentía-, si por essas cossas el doncel ha de forçado passar por demás nos dolemos, y si Dios como puede las á de rebocar, no es bien tener d'ellas cuidado. Y bós, Doncel No Conocido, tomad de mi mano la espada, y dalda a quien más os pluguiere que bos la di.

El doncel a maravilla ledo la tomó y dixo:

-Agravio me faría yo, mi buen señor, si saliendo de buestra mano yo consistiesse que me la ciñera otra que la vuestra, pues tengo por cierto que biniendo de bós, me dará ardimiento para ser bueno.

Y con dessenboltura y gran donaire se la ciñó, y biniendo los donceles que la noche de armas havían velado con gran solemnidad, fueron del emperador armados caballeros. Don Leandio, que grandes cossas havía entendido del doncel, le rogó le ciñiesse la espada, de lo que el emperador y la emperatriz assaz folgaron. En Doncel No Conocido se escussó lo más que pudo diciendo no conbenía a tan alto príncipe recibir la espada de mano de cavallero de tan poco balor como él era, más a ruegos del emperador y por el goço que Belamir le dio en el ber y que también selo rogava, se la ciñó, y assí con fiesta y goço, salieron de la capilla. (Vaticano: ff. 113r-114r).

28. CRISTALIÁN DE ESPAÑA

de Beatriz Bernal
(1545)

por
José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIOS

[1] Valladolid, Juan de Villaquirán, 1545 (9 de enero) [→]

[2] Alcalá de Henares, Juan Íñiguez de Lequerica, a costa de Diego de Xaramillo, mercader de libros, 1586 (colofón: 1587)

Bibliografía: Eisenberg-Marín: nº 1653. **Estudios**: Ruiz Doménec (1999).

TEXTOS

1. El príncipe Lindedel de España es armado caballero y consigue un escudo mágico en su primera aventura

El príncipe e Briamantel subieron en sus cavallos y Menbrina e sus donzellas en sus palafrenes y un escudero que el príncipe llevava, que avía nombre Vandiano. Briamantel le llevava el yelmo y las donzellas de Membrina llevavan el escudo; y assí tomaron su camino para la corte del rey Nibleo a donde el príncipe Lindedel fue armado cavallero con aquella honra que a su real persona convenía, y a ruego del rey Nible se detuvieron allí algunos días. En breve se despidieron d'él. Salidos que fueron del palacio, Membrina dixo:

-Mi señor yo me quiero ir para la mi ínsula, ved qué mandáis en que serviros pueda.

El príncipe dixo:

-A Dios ruego yo que me traiga a tiempo que yo pueda pagar algo de lo mucho que devo.

-Harta merced es, -dixo Membrina-, querer la vuestra merced de mí rescebir algún servicio.

E assí se despidieron lo unos de los otros, pero no pudo tanto Briamantel çufrirse que las lágrimas no le vinieron a los ojos cuando el príncipe se despidió. E assí se fueron para la Ínsula de las Maravillas, quedando el príncipe solo con su escudero que la lança le llevava. Tomaron su camino para el castillo velador con la entención de no se partir de aquella demanda hasta cobrar las armas de Troilo que ende estavan.

Al tercero día de su camino por él vio venir un cavallero armado de unas ricas e luzientes armas ellos; se encontraron y se saludaron muy cortésmente. El cavallero dixo al príncipe:

-Paresceme, señor cavallero, que ha poco que rescebistes orden de cavallería, según lo muestran vuestras armas noveles.

-Assí es, -dixo el príncipe-, que oy es el quinto día que essa orden rescebí.

-Pues que assí es, venid comigo, si por bien lo tuvieredes, que yo voy a la corte del emperador de Costantinopla, y allí veréis la cosa más estraña que en el mundo es nascida, que es la princesa Cristalina, hija del emperador, que no ay donzella en grandes partes que con la su hermosurà igualar se pueda. Por servir a esta princesa reside en la corte del emperador toda la flor de la cavallería. E assí, señor cavallero, podréis exercitar vuestra persona, por cuanto todos los cavalleros de la corte, y fuera d'ella, no entienden sino en hazer grandes fiestas y regocijos por servicio d'esta hermosa princesa e assí mismo dan cima a muchas aventuras que a la corte del emperador vienen.

-Por cierto señor cavallero, -dixo el príncipe-, si yo pudiera hazer vuestro ruego fuera muy alegre en ir en la vuestra compañía, pero tengo que hazer en otra parte, y sería me mal contado si el camino dexasse.

-Pues que assí es, -dixo el cavallero-, a Dios seáis encomendado.

Y assí se despidieron el uno del otro. El príncipe se fue su camino y començó a cuidar en la gran hermosura de la princesa Cristalina y propuso en su coraçón, si Dios le dexava dar cima a la Aventura del Castillo Velador, de ir luego a servir al emperador; y assí como lo pensó, lo puso por obra. [...]

En este tiempo vieron venir a muy gran prissa por la falda de la floresta al jayán sobre un grande y fermoso cavallo. Las armas que traía eran de un fino azero; venía sin escudo con intención de tomar el del Arco. Traía en su compañía un solo escudero con una gruessa lança en las manos. Assí como junto al arco llegó, dixo en alta boz:

-¿Quién eres tú, cosa captiva, que tuviste atrevimiento de desdeñar a mi querida y muy amada hija. Levántante, -dixo a ella-, e mira la fermosa venganza que d'esta cosa vil te daré y escoje una de dos cosas cuál más te agradare: o darle la muerte o ponerle en perpetua prisión para que siempre muera, como suele acaescer a los malandantes que en la mi prisión están.

Argadon dixo:

-Lindedel d'España, si tanta bondad en ti uviesse como abundancia de palabras sobervias, combatir teyas comigo a guisa de buen cavallero, lo que tú no acostumbras hazer sino falsa y alevosamente, poniéndote al cuello el escudo encantado, que todos a los del mundo no te podrán vencer.

El jayán le respondió:

-Porque veas en cuanto te tengo, yo haré batalla contigo sin este escudo, pero ha de ser con tal condición; que si yo te venciere, luego se celebren las solennes bodas tuyas y de mi amada hija; e si yo de ti fuere vencido, que el mi tan preciado escudo sea tuyo, y este partido te hago porque mi hija está muy pagada de la tu apostura.

-De tales bodas nos guarde Dios, -dixo el príncipe-, pero la batalla yo la otorgo con las condiciones dichas.

Luego el jayán embió a su escudero a muy grande prissa al castillo por un escudo; traído que fue, el jayán se lo echó al cuello diziendo en alta boz:

-Sed leda, hija mía, que oy os daré marido

E diziendo esto, tomó su lança y embraçó su escudo. Ya el príncipe Lindedel se avía apartado lo que vio que era menester para la justa e firiendo entramos de las espuelas a los cavallos se vinieron a encontrar de las lanças y el príncipe firió al jayán por medio del escudo y se lo falsó passándole la lança de la otra parte. El jayán herró su encuentro y él y su cavallo vinieron a tierra. Assí del fuerte golpe como de la gran caída quedó el jayán tendido sin bullir pie ni mano, saliendósele repentinamente el alma. Como Lindedel le vio de la manera que oído avéis, dixo a Bandiano, su escudero, que el hielmo le quitasse, creyendo que desmayado estava del rezio encuentro. Mandó que a grande prissa le diessen aire en el rostro por ver si tornaría, pero todo tu affán era por demás, ya que él era muerto. Como el príncipe tal lo viesse dixo:

-Ya d'esta vez no tomaré tan hermosa esposa como el jayán cuidava darme.

¿Qué os diré de Barsina, que assí avía nombre la hija del jayán, cuando entendió que su padre era muerto? Començó a hazer muy esquivo llanto, mesándose sus negros e cortos cabellos y dezía:

-¡Ay captiva, que oy pierdo no tan solamente mi padre, má marido que yo tanto desseava! ¡Ay, dioses, cómo consentistes que de solo un encuentro fuesse muerto el más fuerte y más bravo jayán de cuantos oy son nascidos! ¡Ay, mal cavallero, en mal punto yo vi la buena postura!

El príncipe Lindedel uvo duelo d'ella e díxole:

-Señora donzella, no curéis de fatigar vuestra persona por lo que ya no puede dexar de ser, pues el maltratamiento que a los cavalleros andantes y a las donzellas que por aquí passavan hazía le dieron tal fin.

De la donzella hermosa vos digo que estava demasiadamente leda e dixo:

-Señor cavallero, de Dios ayáis el galardón de tan gran merced como oy me ha hecho por vuestra mano en librarme del poder del jayán Argadón.

-Señora donzella, -dixo el príncipe Lindedel-, si Argadón algún deservicio ha hecho al emperador Escanio, ya él tiene su pago.

-Mi buen señor, -dixo la donzella-, como da testimonio vuestra persona de vuestra alta cavallería, mi señor, este preciado escudo es vuestro juntamente con toda la tierra del jayán.

-Éssa no tomaré yo, -dixo el príncipe-, que la quiero para mi señora Barsina, porque del todo no se quexe de mí, e vamos luego de aquí porque sepamos si ay en el castillo algún cavallero preso.

-Sí ay, -dixo Flenisa, que assí avía nombre la donzella fermosa-, porque después que el jayán me tiene en su poder he visto llevar a la prisión dos muy preciados cavalleros que con él se combatieron, e por razón del escudo fueron vencidos.

El príncipe Lindedel rogó muy afincadamente a Barsina que con ellos se fuesse al castillo; ella dixo que hasta que viniessen por el cuerpo de su padre que de allí no iría, pues avía sido causa de sus desastrada muerte. Flenisa de dixo:

-Amiga Barsina, vamos al castillo, que luego embiaremos recaudo como lleven el cuerpo a donde sepultar le quisierdes.

Tantas y tan buenas palabras le supo dezir Flenisa que Barsina se fue en su compañía, subiendo las dos en el palafrén de Bandiano, dexando solamente el cuerpo del jayán al escudero que consigo avía traído e Dandiano tomó el escudo del arco e assí fueron muy presto en el castillo. (ff. 3v-4v).

2. El príncipe Cristalián se enfrenta a un monstruo

Como el infante Luzescanio abrió la reja, don Cristalián estuvo aguardando una pieça hasta que él vio que ya el donzel sería con la emperatriz, e luego abrió la reja lo más passo que pudo e, como dentro en la sala fue, anduvo por ella hasta entrar por una puerta que al cabo d'ella estava, que salía a un corredor, e al cabo d'él vio estar otra puerta y cerca d'ella el monstruo echado durmiendo. Como don Cristalián le vio, fuesse para él lo más passo que pudo e, cuando cerca fue, el monstruo alçó la cabeça e, como vio a don Cristalián, muy pronto se levantó. Don Cristalián le miró y rogó a Dios en su coraçón que lo librasse de aquella bestia. E diziendo esto embraçó su escudo y tomó su espada en la mano y arremetió con el monstruo que ya él venía a muy gran prissa. El monstruo le dio tal encuentro con la cabeça y sus agudos cuernos, que diera con él en el suelo sino fuera por una pared del corredor a donde don Cristalián se arrimó; pero como era el cavallero del mundo más ligero, assí como el encuentro rescibió, muy presto salió de entre sus cuernos y le dio un gran golpe en la pierna izquierda que se la cortó. Cuando el monstruo se vio tan mal ferido, començó a dar tan grandes aullidos que espanto ponía a quien los oía. Dava grandes saltos en los tres pies por coger a don Cristalián entre sus fuertes uñas, pero él se guardava bien y andava a una y a otra parte por cortarle la otra pierna si pudiesse; e Dios lo guió tan bien que le acertó un golpe en la una espalda, que casi toda se la derribo. Como el monstruo viesse tan cerca de sí a don Cristalián, assióle con la una mano por el brocal del escudo e quebrándole el tiracol se lo sacó del cuello, y luego le assió con la otra del muslo derecho, y con sus fuertes uñas se lo desarmó, y le hizo una gran llaga e,

como el monstruo ya no podía andar de la mucha sangre que del espalda y de la pierna le salía, don Cristalián salió muy presto de entre sus manos, y fue tan airado de se ver tan malferido que tornó sobre él, que ya en el suelo estava tendido dando grandes aullidos, y metióle la espada hasta la cruz por la misma herida de la espalda, que le atravesó el coraçón. El monstruo dio un tan gran gemido que todo el palacio paresció que hizo temblar y luego fue muerto. Como don Cristalián esto vio, hincó los hinojos en el suelo lo mejor que pudo, dio muchas gracias a Dios por la victoria que le avía dado contra aquella bestia. Luego que el monstruo fue muerto, todos los encantamientos del palacio Bramador fueron deshechos y la emperatriz Cristalina y su ama cayeron en tierra amortecidas del espantoso gemido que el monstruo dio; y el infante Luzescanio, que de grande e muy esforçado coraçón era, estava echando agua en el rostro a la emperatriz; ella tornó muy espantada, el infante le dixo:

-¿Qué es esto, señora? Agora que el monstruo es muerto, ¿mostráis tanta flaqueza?

Como la emperatriz esto oyó, dio muchas gracias a Dios, e dixo:

-Hijo mío, ¿qué fue del cavallero que lo mató?

-No sé, -dixo Luzescanio-, que con el desmayo de vuestra magestad no he ido a lo ver.

Ya el príncipe don Cristalián entrava por la puerta. Como la emperatriz lo vio, muy presto se levantó e don Cristalián se humilló ante ella por le besar las manos, mas la emperatriz no se las quiso dar, antes le hizo levantar y le dixo:

-Buen cavallero, dezidme quién sois, que en la devisa que en las armas traéis creo yo que no sois el emperador, mi señor.

-Quien quiera que yo sea, -dixo él-, no tengo otro desseo sino de os servir y esto me hizo venir a estas partes en la vuestra busca.

La emperatriz le vio la mucha sangre que de las piernas le salía e díxole:

-¡Ay cavallero e cómo venís ferido!

El infante le quería ayudar a desarmar. Don Cristalián no lo consistió diziendo que no estava en parte tan segura que las armas se pudiesse quitar.

-Ya no hay de qué temer, -dixo la emperatriz-, pues el monstruo es muerto, que yo sé bien que todos los encantamientos d'este palacio son ya deshechos, que assí me lo dixo el sabio Algamaz que aquí me truxo

-Pues que assí es, -dixo don Cristalián-, yo quiero hazer vuestro mandado.

E luego se desenlazó el yelmo e se le quitó. Cuando la emperatriz le vio tan hermoso e tan niño no podía pensar quién fuesse, que no lo conosció porque nunca lo vio sino cuando lo parió, e díxole:

-Cavallero, por la fe que a Dios devéis y a la cosa del mundo que más amáis, que vos me digáis quién sois.

-Mal lo haría yo, mi señora, -dixo él-, si en todo no hiziesse vuestro mandado: yo soy don Cristalián, vuestro hijo.

Cuando la emperatriz tal oyó, fuelo a abraçar con las lágrimas en los ojos, tan demasiado fue el plazer que sintió, e dixo teniéndole consigo abraçado:

-¡O, hijo mío, que no podías tú ser peor que tu padre! Agora, mi amado hijo, me dezid a dónde dexastes al emperador.

-No lo sé, -dixo don Cristalián- que lo nunca vi.

Mucho fue triste la emperatriz de oír aquellas nuevas e díxole que, como no avía visto a su padre en tanto tiempo como avía que ella estava en aquel palacio.

-Porque él está en poder del sabio Doroteo, –dixo don Cristalián-, nadie no ha poder de verlo, que dizen que lo tiene encantado porque no se le acabasse la vida con el vuestro desseo

Como la emperatriz estas nuevas oyesse, las lágrimas le vinieron a los ojos otra vez e dando un sospiro dixo:

-¡O, emperador Lindedel, y cuánta razón tengo yo de os amar sobre todas las cosas del mundo!

Don Cristalián la estava mirando y era muy espantado de ver la su gran hermosura y dezía en su coraçón que con razón su padre, el emperador Lindedel, avía acabado tan estrañas aventuras en servicio de tan hermosa donzella, como la emperatriz lo devía ser en aquel tiempo. Estando assí hablando, llegó el infante Luzescanio e humillándose ante don Cristalián le pidió las manos para se las besar. Don Cristalián le abraçó, que gran plazer avía de lo ver tan hermoso e tanbien tallado. La emperatriz hizo desarmar la pierna a don Cristalián y con un paño le apretaron la llaga, e luego se tornó a poner la armadura.

Luego que el monstruo fue muerto, toda la montaña se desencantó y el emperador Lindedel fue en todo su sentido, assí mismo el rey de Romanía. A esta hora entró por la tienda del emperador el sabio Doroteo e le dixo:

-¡Ea, mi señor, que ya es en el vuestro poder la emperatriz Cristalina; e si la ver queréis, seguidme!

Como el emperador esto oyó, como hombre fuera de sentido de plazer de lo que oía se fue con el sabio. [...]

-¿A dónde es mi hijo?, -dixo el rey.

-Vós lo veréis más presto de lo que cuidáis, -dixo Doroteo.

E assí se fueron al Palacio Bramador, yendo el sabio Doroteo contando al emperador e al rey las grandes maravillas en armas que el príncipe don Cristalián avía hecho en aquel palacio. El emperador y el rey fueron espantados de cómo siendo tan niño pudo suffrir tanto affán.

-Alto e grande ha sido el principio de su cavallería, –dixo Doroteo-, e grandes son las maravillas que por el mundo ha de hazer; e si Dios a mí me da la vida, yo lo escriviré todo porque d'él quede memoria en el mundo para siempre jamás e esto quiero yo hazer por servir a vuestra magestad e al príncipe vuestro hijo.

El emperador le dio muchas gracias por el trabajo que quería tomar e díxole que él le prometía que su affán no sería perdido. Doroteo se le humilló. (ff. 37r-38r).

3. Las bodas quedan en suspenso por la aparición de una doncella: el final abierto

Los emperadores se assentaron y luego todos aquellos señores y señoras, cada uno en el lugar que a su estado convenía, y cenaron con demassiado plazer con todas las maneras de músicas que en el mundo pensarse pueden. Como la cena fue acabada, entró por la puerta de la sala una muy hermosa donzella, ricamente guarnida. Ella venía sola sin ninguna compañía, salvo un pequeño donzel. Como en el palacio fue, muchos avía en el que no la conoscieron, por cuanto nunca la avían visto, pero como más cerca de aquellos señores llegó, luego fue conoscida por el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina, y assí mismo lo fue de todos aquellos señores novios; ca sabed que aquella fermosa donzella era la que a la Fuente del Esperança dio los anillos aquellos señores. La donzella se humilló ante todos haziéndoles grande acatamiento, pero a ninguno de los que en el palacio estavan pidió las manos para se las besar porque en su persona bien

mostrava ser persona de alta guisa. Ella se llegó junto a donde el emperador don Cristalián estava, y todos los novios eran cerca d'él. La fermosa donzella les dixo:

-A todos, mis buenos señores, a tiempo sois de me complir el don que me prometistes.

Todos a una le dixeron que de grado harían su mandado, y cada uno le dio el anillo que la donzella le avía dado que, como era de gran valor, cada uno lo tenía consigo. Ella los tomó e dixo contra aquellas señoras novias:

-Mis señoras, la vuestra mesura sea de me perdonar si en la mi venida rescibiredes enojo, que yo os hago ciertas, por la fe que a Dios devo, que daño alguno estos señores no reciban.

-¡Ay, buena donzella, –dixo la emperatriz Cristalina-, y por ventura avéis de llevar con vós alguno d'estos cavalleros.

La donzella no le respondió sino bolviéndose al pequeño donzel le dixo:

-Amigo, poned a muy buen recado estos anillos.

El donzel los tomó e muy presto los metió en una bolsica que consigo traía. Sabréis que como el donzel puso los anillos en el lugar que oído avéis, repentinamente la donzella e el donzel se dessaparescieron del palacio llevando consigo al emperador don Cristalián y todos los novios sin ser vistos de persona alguna. Muy grande fue la turbación que en todo el palacio del emperador Aliandro huvo en aver perdido aquellos cavalleros por tal manera. [...] Todas aquellas señoras no cessavan llorar muy agriamente por la pérdida de aquellos cavalleros. El sabio Doroteo las conortó diziéndoles que no rescibiessen pena que donde tantos e tan buenos cavalleros ivan en una compañía poco daño podían rescibir.

-¡Mal aya la donzella, -dixo el rey del Monte Libeo-, que a tal tiempo nos hizo tristes, atendiera a que algunos días passaran y nos los llevara a tiempo que tanto daño los hizo en los apartar d'estas señoras!

-Mi señor, -dixo el sabio Doroteo-, sin falta son grandes las maravillas que por el mundo ay; por aventura aquella donzella no avría en el su poder lo que ella tanto desseava, si un punto estos señores aquí más se detuvieran. No puede ser sino ganar mucha honra en esta camino que han hecho porque sin falta el aventura es muy estraña. Agora vamos al otro aposento y veremos si es allí el cuerpo sin cabeça.

E diziendo esto, el sabio Doroteo se levantó y tomando una antorcha se fue a la sala a donde el cuerpo estava, pero como en aquel aposento entró, no halló trono ni al cuerpo sin cabeça ni lo demás que oistes que allí estava, que era la imagen que el rétulo en las sus manos tenía. Doroteo fue muy espantado y assí se bolvió al aposento a donde los emperadores y emperatrizes estavan y como en la sala entraron, dixo:

-Grandes son las maravillas que ay en este hecho, ca sabed que el cuerpo sin cabeça es dessaparescido.

Todos quedaron espantados de lo oír, y no sabían qué se dezir de lo que visto avían. El emperador Lindedel y el emperador Aliandro y el rey del Monte Libeo tomaron al sabio Doroteo y a la sabia Membrina e pidiéronles consejo de lo que devían hazer. Los sabios estuvieron una pieça cuidando y cuando acordaron Doroteo dixo:

-Lo que a la sabia Membrina y a mí nos paresce es que aquí atendamos la venida de aquellos señores que, pues todos fueron juntos, no pueden mucho tardar.

En esto que aquellos dos sabios dixeron se acordaron todos de assí lo hazer.

En el libro segundo de los invictos y magnánimos cavalleros don Cristalian de España, emperador de Costantino-

pla e príncipe de los dos imperios Persia y Trapisonda, y del infante Luzescanio, su hermano, rey de Altariagreta e príncipe de España e del Monte Libeo, escribe el sabio Doroteo que sabréis las grandes maravillas que en dar cima a esta estraña aventura acaescieron. (ff. 303v-304r).

29. **ESPEJO DE CABALLERÍAS** (libro I)

de Pedro López de Santa Catalina
(1525)

por
Javier Gómez Montero

TESTIMONIOS

[1] Toledo, Gaspar de Ávila, 1525 (27 de octubre) [→]
[2] Sevilla, Herederos de Juan Cromberger, 1545
[3] Sevilla, Jacome Cromberger, 1551
[4] Medina del Campo, Francisco del Canto, 1586 (colofón 1585) (A costa de Juan Boyer) [junto a los libros I-II]

TEXTOS

1. Prólogo

Suelen los nuevos navegantes, muy magnífico señor, en el tempestuoso mar, cuando las aceleradas tormentas sobrevienen, aver más temor que los habituados corsarios, los cuales ya de tales sobresaltos sufrir son maestros. Y puesto que los unos y los otros en tales casos de temor no carezcan, a lo menos la continuación del ábito y la novedad del acidente los grados del temor augmenta o disminuye. Assí yo, novel escodriñador de antiguas historias, andando mirando diversidad de libros, los cuales con soberano estilo en lengua toscana escritos estavan, uno –que a mi parecer más alegre y mejor que los otros de su calidad era– hallé, llamado *Roldán enamorado*. En el cual tantas y tan grandes aventuras vi escritas, assí d'él como de don Renaldos de Montalván su primo, y de otros diversos cavalleros, que jamás otro libro de más pasatiempo ni más bien ordenado leí. E parecióme no convenible cosa querer yo sólo gozar de su letura dexando cosa tan aplazible debaxo de estrangera lengua escondida. Puesto que muchos [no] la entienden, determiné con deliberada voluntad de la traduzir en

ESTUDIO: Gómez Montero (1992).